

## CAPITULO IX

PRIMER PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LA NACIONALIDAD FLAMENCA.  
EL CARDENAL GRANVELA.—1559-1563ENVIO DE TROPAS ESPAÑOLAS.—LUCHA CONTRA LA HEREJIA.—OPOSICION DE LA ARISTOCRACIA.—TUMULTOS EN HENAO.—  
PARTIDA DE GRANVELA.

## I.—Envío de tropas españolas

Al embarcarse para España Felipe II, había dejado la regencia de los Países Bajos á su hermana Margarita, á quien hubo de rodear de consejeros y consultores con el fin de que recayera la autoridad real en el obispo de Arras, que recibió el capelo poco despues y tomó el título de cardenal Granvela (1).

La princesa Margarita debía la vida á una aventura poco novelesca: pasando por Aude-narde Carlos V, hubo de entretenerse con la doncella de la baronesa de Montigny, que se llamaba Juana Vandergherynst, hija de un tapicero (2). Despues del nacimiento de Margarita, fué apartada la jóven sirvienta y casada con un alto empleado de hacienda (3).

La hija fué recogida por las tias de Carlos V, que la educaron de una manera conveniente. A los catorce años de edad la casaron con Alejandro de Médicis, cuyo nacimiento era aún más irregular, como quiera que éste no sabia quién era su padre, ni aún siquiera su madre, si bien se le suponía hijo de una de las esclavas moras del papa Clemente VII, jefe de la familia. Este Alejandro de Médicis indignó con sus crímenes á los florentinos y murió á puñaladas ántes de que su mujer hubiera tenido tiempo de reunirse con él (4). Mal de su grado fué dada en segundas nupcias á Octavio Farnesio, nieto del papa Paulo III. Este segundo marido tenia dos años ménos que ella y al parecer no había sen-

(1) En febrero de 1561.

(2) Mem. anón. tom. I, pág. 1. Sucedió esto durante el sitio de Tournay en 1521. Así cae por tierra la leyenda referida por Strada en la cual hace Carlos V un vergonzoso papel. Esta leyenda se ha repetido sin fundamento por casi todos los historiadores.

(3) De Brabante. Llamábase Juan Vandendycke, que tuvo de ella tres hijos.

(4) Este episodio de la muerte de Alejandro inspiró el *Lorenzaccio* de Alfredo de Musset.

tido nunca el menor cariño por aquella flamenca maciza, ruda, desdenosa, barbada como un hombre, de voz varonil y rudas maneras (5). Pero quería que Carlos V lo mantuviera en la posesion del ducado de Parma y codiciaba á Ferrara y Plasencia, mostrándose, aunque niño aún, político bastante hábil para sufrir con resignacion el menosprecio de su orgullosa consorte y para solicitar sus favores con paciencia. Nada ménos que siete años estuvo esperándolos (6) y despues de tan largo período, se dejó ablandar Margarita durante algunos dias. De aquella momentánea union nacieron dos gemelos, de los cuales uno murió muy jóven, y el otro es el gran capitán, el político de genio, que la fortuna reserva á Felipe II para el fin de su reinado, que no será comprendido ni utilizado y que morirá combatiendo á Enrique IV: Alejandro Farnesio, duque de Parma.

Margarita tenia ya treinta y ocho años cuando recibió la regencia de los Países Bajos en Bruselas, dejando á su marido en Parma y á su hijo en Madrid. Las maneras varoniles (7), su pasion por la caza, su tolerancia con las ocurrencias picarescas, no desagradaban á los flamencos: llevaba el escrúpulo en la práctica de los ejercicios religiosos hasta el punto de prohibir que se lavaran de antemano los piés las doce doncellas pobres á quienes habia ella de lavárselos el Juéves Santo (8), y el sentimiento de sus deberes de regenta hasta el extremo de trabajar noches enteras en una correspondencia que no descuida ningun detalle y

(5) Strada. «Nec deerat aliqua mento superiorique labello barbula ex qua virilis non magis species quam auctoritas conciliabatur.»

(6) Octavio Farnesio nació en 1524, se casó en 1538 y murió en 1586. El nacimiento de los gemelos fué en 1545.

(7) Strada. «Quo non tam femina sortita viri spiritus quam vis ementitus vestem femineam videretur.»

(8) *Id.* «In sanctiori hebdomada duodenis pauperibus puellis pedes quos a sordibus purgare ante vetuerat, abluabat.»

## II.—Lucha contra los herejes

que revela notable capacidad para el gobierno.

La primera de las dificultades que su hermano le dejaba que resolver era la partida de los tercios españoles, ya inutilizables desde que se hiciera la paz con Francia. No era que Felipe no estuviese decidido á llevarlos otra vez á sus guarniciones de Italia y Africa (1), sino que su lentitud en resolver, su imposibilidad de dar órdenes en tiempo oportuno hubieron de suscitar dificultades, que ocupan en los documentos de la época mucho más espacio del que merece un incidente de tan mínima importancia. Margarita se afanaba por precipitar la solucion. Acaso, escribia, seria mejor hacerlo liberalmente á tiempo, puesto que se ha de hacer, que no dejar que se engendren malos enojos por la dilacion (2). Granvela avisaba tambien al rey el descontento suscitado sin ventaja (3) é insistía sobre el gravámen que imponía á rentas ya gravadas aquel mantenimiento de tropas. El único pretexto de las dilaciones era la exigencia harto legítima de los soldados que se negaban á embarcarse si no se les ponía ántes al corriente de sus soldadas; los flamencos que de mucho atrás anticipaban caudales para el abasto de las tropas, no estaban, al decir de ellos, en aptitud de continuar los desembolsos (4).

El dinero de Francia desató la dificultad: la dote de Isabel Valois fué remitida á Flandes y con ella se pagó á las tropas españolas, y se hizo posible su partida (5).

Por un episodio insignificante, ved despertada la desconfianza: rey y súbditos se observan, las susceptibilidades nacionales están á punto de inflamarse; el rey se impacienta ya de oír alegar á cada paso su *alegre entrada*, esto es, su palabra solemnemente empeñada por juramento de conservar las leyes y los derechos del país (6).

(1) No se habla aquí ni de la contestacion que Felipe diera á los Estados que le pedían la partida de los españoles:—Entonces es menester que parta yo mismo—ni del arrebato de cólera que tuvo contra el príncipe de Orange, bien que estén indicados estos hechos por autores serios, como el holandés Wagenaar y el francés Aubery du Maurier. Parecen apócrifos porque: 1.º la contestacion á los Estados no es verosímil en boca de un hombre que se embarca en efecto y parte; 2.º el rey no tenia voluntad ni medios para sostener un ejército español en los Países Bajos, y la evacuacion era, por tanto, necesaria; 3.º las palabras puestas en boca del rey en su cólera contra el de Orange no son de ninguna lengua; 4.º interesaba á Felipe de tal modo seducir al príncipe que le señaló al embarcarse una crecida gratificacion, y no era hombre que se enojara en seguida contra los que queria conquistar, y más teniéndolos ya pagados.

(2) Margarita al rey, tom. I, pág. 52, 57 y 63.

(3) Granvela al rey, tom. VI, pág. 166.

(4) Margarita al rey, tom. I, pág. 335.

(5) *Correspondencia de Margarita*, carta del 7 de oct. de 1560.

(6) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VI, pág. 210.

A los genios irascibles todo les parece sospechoso y el menor descuido se convierte en falta grave para ellos. En vez de evitar motivos de inquietud, continua Felipe la reorganizacion de las diócesis en los Países Bajos. Era, á buen seguro, necesaria una reforma: no habia más que tres obispos, los de Tournay, Arras y Utrecht, para las diez y siete provincias del país, mientras el Luxemburgo estaba repartido entre seis diócesis extrañas. Carlos V habia solicitado nuevas mitras; pero el asunto dormía en la curia romana hacia cuarenta años: se chocaba en dos obstáculos. Para la dotacion de los nuevos obispos, proponía el rey adjudicarles las rentas de muchas abadías en perjuicio de abades y frailes, lo que motivaba la oposicion del clero regular: fuera de esto, si proveía por este artificio á la falta de fondos en sus Estados, no podía tan fácilmente el rey procurarse las sumas necesarias para la cancellería romana, que exigía «*provision* para ereccion de iglesias» (7), es decir, derechos de doce mil ducados (8), lo que hacia decir al cardenal Granvela: todo el mal nos viene de la avaricia de Roma (9).

Desde el momento en que el Papa daba tan poca importancia á esta reforma que la subordinaba al pago de algunos ducados, hubiera sido más prudente en el rey abandonarla sin sublevar contra él la coalicion de los frailes que defendian sus rentas, del pueblo que veía con malos ojos todo cambio en sus instituciones y de la aristocracia que olvidaba los beneficios recibidos del príncipe y se mostraba tan tenaz en su oposicion como la gente más menuda del pueblo (10). Pero Felipe no es el hombre de Estado que dirige los acontecimientos con oportunas concesiones; es el oficinista encadenado á las fórmulas que se estrella en los obstáculos. Paga á Roma los doce mil ducados; hace crear tres arzobispados y catorce obispados y suscita una indignacion tan general que espanta al mismo Granvela: «*Veo, dice, el odio de los Estados cargar sobre mí. ¡Que pluguiera á Dios que jamás se hubiera pensado en esta ereccion de estas yglesias, amen, amen!*» (11). Obstinacion tanto más torpe, cuanto que Felipe ni siquiera contaba con los obispos para sus luchas contra

(7) *Correspondencia de Margarita*, tom. I, pág. 389, carta al rey, 10 de enero 1561.

(8) Granvela á Gonzalo Perez, 5 febrero 1561.

(9) Granvela á Gonzalo Perez, 24 enero 1561.

(10) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VI, pág. 18.

(11) Groen Van Prinsterer, tom. I, pág. 117, Granvela al embajador en Roma, setiembre 1561.

la herejía. Desde el reinado de su padre se había excluido á los obispos del conocimiento de los delitos contra la fe, porque se les suponía, muy «dados á enervar la jurisdicción soberana y á obtener, no castigos corporales, sino multas en su favor» (1).

Esta agitación, sin embargo, parece haberse calmado pronto: cinco años después ya no se pensaba hablar de ello en los manifiestos de oposición: sólo sirvió, como la precedente, para levantar la opinión pública y precipitarla más en las ideas de tolerancia religiosa por oposición al gobierno quisquilloso, como quiera que extendió por el pueblo la creencia de que el rey quería someter los Países Bajos á la Inquisición de España.

La Inquisición existía en los Países Bajos hacía cuarenta años y no era impopular. Once decretos de Carlos V, que llamaban *los carteles* (2), imponían penas variadas en su forma para los diversos casos de indocilidad á los dogmas, pero todas ellas eran de muerte por el hierro, el fuego ó la fosa (3). La ley era atroz, pero los que la aplicaban se mostraban benignos. Los inquisidores de los Países Bajos eran canónigos ó doctores en leyes, inclinados á moderar las penas «con pretexto de ser grandes y duras,» buena gente como los burgueses que los rodeaban. No aplicaban la tortura, escuchaban á los defensores y se servían de funcionarios y ministros de la justicia civil. Muchas provincias no tenían inquisidores (4); en otras (5) no se les convocaba nunca; los de Valenciennes se habían hecho olvidar de tal manera que se ignoraban sus nombres y las fórmulas de sus funciones (6).

Felipe II pretendió convertir en persecución activa esta simple amenaza contra la herejía. Al efecto, renovó los carteles de Carlos V y prescribió á su hermana que se mostrara implacable en defensa de la religión. Pero negó siempre la intención de someter al complicado sistema de la Inquisición española á sus súbditos flamencos. No puede dudarse que Margarita, el cardenal Granvela (7), y aún más tarde

(1) Carta ms. de Margarita, tía de Carlos V, citada por Gachard, *Correspondencia de Felipe*, tom. II, Prólogo, pág. 112.

(2) Edictos del 22 de marzo de 1521 al 25 de setiembre de 1550.

(3) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 105.

(4) Gúeldres, Groeninga.

(5) Brabante.

(6) Paillard, *Turbulencias de Valenciennes*, pieza 133 bis del t. II.

(7) Granvela escribe á su confidente Oosterwyck el 6 mayo 1566, diciéndole que ni allí ni en Milan ni en Nápoles puede servir la Inquisición española, y que su sola mención podría causar graves inconvenientes.

el duque de Alba, estuvieran constantemente opuestos á tan inhábil pensamiento; pero tampoco puede dudarse de que Felipe II juzgara necesario este medio de gobierno. La Inquisición propiamente así llamada, no es lo que espantaba á los flamencos ni lo que quería él pagar. Los hombres de los Países Bajos se sometían sin murmurar á la autoridad de los dominicanos franceses en Artois y á la de los dominicanos alemanes en el Luxemburgo (8); pero rechazaban la inquisición española; ni admitían sus extraños procedimientos ni la subordinación á la autoridad monárquica, que eran los caracteres propios de aquella institución. Indignábanse á la sola idea de sus prisiones. Allí, se les decía, permanece el acusado largos años, quebrantado por crueles tormentos, añadiendo á la miseria y al horror del lugar las injurias privadas, los azotes, ... el acusador es secreto, el crimen secreto, los testigos secretos (9).

Las rudas penalidades de los decretos de Carlos V no podían bastar á Felipe II, si eran mitigadas por las repugnancias de los canónigos y doctores encargados de aplicarlas. Este cargo era desempeñado con tanto menos ardor cuanto que no estaba retribuido. — A algunos parece extraño que no tengan ningún salario, sino que después de haber servido anden á caza de dinero... Justo es que los de la ciudad les paguen doscientos florines anuos, ya que es por su bien y reposo (10).

Los mismos agentes subalternos no siempre hallaban una recompensa suficiente en la satisfacción de ser fieros y crueles: el más feroz de todos, Titelmans, que hablaba con fruición de sus presos, suplicaba á la regenta se sirviera tener en cuenta los servicios que había prestado en un oficio tan odioso, molesto y arriesgado (11). Así, á falta de sueldo, los esbirros con el significativo título de *agarra-carne*s, sabían pagarse por su propia mano. «Y los dichos *agarra-carne*s quitaron á muchas mujeres sus cadenas y anillos de oro» (12). Por otra parte, las delaciones nacían espontáneamente procuradas por los vicios privados: hasta las cortesanas se complacían en hacer encerrar á las jóvenes burguesas acusándolas de herejía. Así en Valenciennes la señorita Jonquoy fué acusada por una

(8) Cabrera, tom. I, pág. 270.

(9) Arch. nac. folleto impreso, K. 1507, pieza 35.

(10) Carta del gobernador del Henao, piezas 1 á 5, tom. IV de la *Historia de las turbulencias de Valenciennes*, por Paillard.

(11) *Correspondencia de Felipe II*, tom. II, pág. 484.

(12) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 26.

mujerzuela, llamada la *Magrieta*, de haber asistido á la prédica (1).

Pero este llamamiento á las bajas pasiones, el celo de los groseros agentes, el espectáculo de los seres quemados vivos hicieron muy pronto el régimen de los decretos tan impopular como la misma Inquisición. Sin embargo, la regenta no se alarmaba todavía de los progresos del luteranismo; sólo temía á la secta de los anabaptistas y reservaba para ella todo el fervor de su celo. — Hemos sabido, escribía (2), cómo hay en las prisiones de Gante dos mujeres rebautizadas contumaces, las cuales fueron al principio reservadas por estar en cinta; pero

habiendo dado á luz á sus hijos, continúan retenidas, habiendo estado en la prision espacio de unos nueve meses, confortando á los otros presos, cosa que no conviene. Por tanto, os ordenamos que sin más demora mandéis hacer la justicia que conviene; y en adelante despachareis á semejantes personas lo más presto que ser pueda para evitar los inconvenientes y escándalos que de otra manera podrían seguirse por larga detención. — Los magistrados de Gante no hicieron caso de esta recomendación, y la princesa no tardó mucho en poder probar con un ejemplo los inconvenientes de su culpable mansedumbre. Las prisiones de Gante



Medalla con el retrato del conde de Hornes (tamaño natural)

hubieron de abrirse para que se evadieran cinco anabaptistas cuya ejecución había ella reclamado, «la cual ejecución, si hubiese sido hecha, no hubiera sobrevenido este escándalo en daño grande de la religión» (3).

### III.—Oposición de la aristocracia

Un gobierno que afectaba hacer tan poco caso del estado de los ánimos no podía tardar en entrar en lucha contra las fuerzas legales del país: el conde de Egmont y el príncipe de Orange atacaron de frente al cardenal Granvela, como si hubieran ignorado que las causas del descontento sólo provenían de la voluntad del rey, ó presentido la ficción constitucional que advierte al soberano hiriendo al ministro. Los dos dirigieron á España la dimisión de sus cargos (4). «Se guarda el mayor secreto, escribe

de Madrid el embajador inglés (5), sobre la carta del príncipe de Orange y el conde de Egmont; pero yo sé que hay discordia entre la nobleza y la fracción de Granvela: si el cardenal no es sostenido inmediatamente por el rey, no quisiera estar en su lugar por todo el oro que él recibe; es hombre verdaderamente odiado allá.»

En efecto, á pesar de sus buenas cualidades de gobierno, y de sus esfuerzos para conciliar la voluntad del rey y la opinión del país, Granvela no había conseguido más que hacerse odioso, no ya sólo á aquel *animal perverso llamado pueblo*, según su expresión (6), sino también y sobre todo á los jefes de la nobleza, á quienes ofendía con las puerilidades de su fausto. El nieto del procurador de Besanzon gustaba de rodearse de alabarderos y cortesanos. «Era de un natural un tanto ágrío» (7). — Se abandonaba

(1) Paillard, tom. I, piezas 117 y 137.

(2) *Correspondencia de Felipe II*, tom. II, pág. 478.

(3) Carta del 15 de junio de 1560, tom. I, pág. 479.

(4) El 23 de julio de 1561. La carta, que es de puño y letra del príncipe de Orange, ha sido recién descubierta por M. Gachard entre los papeles del secretario Eraso; pero debiera haberse conocido antes

por la memoria del Ingles que al parecer ignoraban los historiadores belgas.

(5) Ms. Rec. of. n.º 1143, 15 agosto 1561.

(6) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 290.

(7) Ms. Bibl. nac. 16103, fol. 111, Auzance á Carlos IX.

á las susceptibilidades de una vanidad ingeniosa, ó á los desvíos de sus frecuentes arrebatos de cólera (1).—Su deseo ha sido siempre querer que todos vivan de su mano, mirándose como el monarca del mundo (2). Tal era la opinion de los mismos españoles. Los flamencos formulaban acusaciones más graves (3). Cuando alguna abadía ó gran priorato vacaba enviaba comisarios por el rey para intervenir en la eleccion: allí estaba Morillon para corredor de presentes, y si veía que el futuro abad ó prior no abría la bolsa todo lo que podía abrirla, no era del real agrado y se le echaba á las barbas un competidor. Con esto, tomaba á dos manos copas, cadenas de oro, escudos, ducados, y todo al contado, pues las promesas no servían de nada. No hay para qué decir que todo esto se repartía entre el cardenal, Viglio y Morillon.»

Es lícito ser aún más severo con Granvela hoy que se conoce la carta escrita de su puño y letra á Felipe II concebida en estos términos: En cuanto al príncipe de Orange, podría ofrecerse una prima de treinta ó cuarenta mil ducados para que lo mataran ó lo entregaran vivo, como hacen siempre los potentados de Italia; acaso el anuncio de este peligro bastaría para que se muriera él de miedo, porque es cobarde; acaso si el anuncio se hiciera en Italia ó en Francia se encontraría algun pícaro que lo intentara por dinero (4).

Así conocemos nosotros mejor que los contemporáneos esos *corredores de presentes*. Morillon, el más activo de todos, se pinta á sí mismo con estas palabras (5): «Es el principal punto para entenderse bien con el amo.» Con esta máxima hubo de ganar el obispado de Tournay y cuarenta prebendas (6). Otro de ellos, Felipe Nigri, poseía tantas prebendas y tierras de iglesia, que dejó al morir veintiocho mil monedas de oro en sus arcas (7). El presidente Viglio se metió igualmente en las órdenes para acumular más y mejores beneficios: tenía la misma codicia, pero no la aptitud que Morillon.

En lugar de estos parásitos, hubiera podido Granvela emplear en las dificultades que lo

(1) *Doc. inéd.* tom. I, pág. 318, Escobedo al rey. «La cólera no es buena para ministros.»  
(2) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 197. Eraso á Egmont, del 28 setiembre 1561.  
(3) Le Petit. *Historia de los Países Bajos*, edicion de 1604, p. 29.  
(4) *Correspondencia de Felipe II*, Prólogo, pág. 181.  
(5) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VIII, pág. 55.  
(6) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 320.  
(7) *Mem. anón.* tom. I, pág. 10.

rodeaban un hombre de valor igual al suyo, á su compatriota Simon Renard, á quien vimos en Inglaterra al lado de María Tudor. Renard había hecho méritos en aquella época con su insistencia en pedir ejecuciones de protestantes; pero su notable capacidad parece haber despertado los celos de Granvela. Es falta ordinaria de los hombres superiores esto de rodearse sólo de medianías: se creen empequeñecidos cuando alguien los secunda, y en sus condescendencias con los subalternos vuelven contra sí mismos los talentos que rechazan. Renard se afilió al partido de la aristocracia flamenca, redactó las cartas y manifiestos de la oposicion, y llegó á ser bastante peligroso para que Felipe II lo llamara á Madrid (8) á fin de quitarle á Granvela este embarazo. En Madrid habló Renard del cardenal sin ningun reparo y le hizo acaso más daño aquí que allá refiriendo cuán aturdido estaba (9) de ver engañado á su amo y permanecer aún en la opinion de que el respeto de la religion contiene á los eclesiásticos, viendo cualquiera claramente que miran con más interés el propio medro que el servicio de Dios y del público. Confesó que los Países Bajos estaban bastante agitados y que si el fuego se encendía una vez, sería más difícil apagarlo allí que en cualquiera otra parte de la cristiandad.

Si se aparta á los hombres de mérito para entregarse á los aduladores se expone uno á las traiciones: Granvela no se escapó de este castigo cuando introdujo en su intimidad á un tal Gaspar Schets que vino á ser el fundador de una casa ducal por medio de una serie de hábiles fraudes. Este Gaspar era una especie de poeta latino que se granjeó la amistad del cardenal con panegíricos y odas, logró que se le nombrara consejero real y despues tesorero mayor, recibió de la reina de Inglaterra una cadena de quinientas coronas (10) por informes dados; comprendió las ventajas del oficio y suministró á los ingleses noticias tan preciosas que en consideracion á este buen servicio la

(8) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 283. Nació en Vesoul y no en Flandes, como lo creen los editores de los *Doc. inéd.* Véase tambien la carta de Saint Sulpice, Ms. Bibl. nac. 3161, fol. 109 del 28 de marzo de 1563. «Por lo que ha parecido que el señor Renard mantenía divisiones en el país, y que estaba unido con los señores de allá contra las opiniones del cardenal Granvela; yo creo que el rey le ha mandado salir.»

(9) Ms. Bibl. nac. 3163, fol. 25. Saint Sulpice á la reina 31 de diciembre 1564. Tres meses despues es llamado á su vez Granvela. Renard quedó al parecer en Madrid hasta unos diez años en la desgracia y la miseria: el duque de Alba intervino inútilmente en su favor. (*Correspondencia de Felipe II*, 31 de oct. 1571.) Renard murió en agosto de 1573. (Wauters, Nota á las *Memorias de Viglio*, pág. 63.)  
(10) Ms. Rec. of. foreign Elizabeth, tom. III, fols. 84 y 236.

reina no pudo menos de escribirle una carta dándole las gracias con quinientas coronas lo menos, decía el primer ministro de Inglaterra. En fin tuvo el talento de hacer llegar á Londres ántes de que se conocieran en Bruselas, los detalles de una negociacion con la curia romana (1) y continuó sus intrigas mucho tiempo despues de la caída de Granvela con bastante fortuna para llegar á ser conde del Sacro Imperio haciendo tambien nombrar á su hijo duque de Ursel.

Mientras se erigian estas fortunas de los favoritos del cardenal, los magistrados y funcionarios no podían cobrar sus sueldos. «No hay para pagar los sueldos de los ministros de justicia y demás empleados, ni para sostener las cargas, ni casi para despachar un correo» (2). Esta penuria no debía imputarse únicamente á las faltas de Granvela, sino tambien y sobre todo á las culpas de la administracion precedente, como quiera que se debía á muchos más de dos anualidades (3). Las rentas de España no daban de sí para prestar un socorro eficaz á las de los Países Bajos: el rey declaraba tristemente que habiendo mirado todo lo que podía hacer, no hallaba medio de venir en ayuda (4). Hacía poner en venta en la bolsa de Amberes juros ó títulos de rentas de Castilla, que estaban desacreditadas por la falta de cumplimiento que siempre tuvo el gobierno español con sus acreedores. Esta desconfianza, la indiferencia con los empleados, que tenían que abandonar el servicio (5), el contraste de su miseria con el lujo de que hacían alarde el cardenal y sus favoritos, no contribuían poco á mantener la irritacion contra Granvela.

El rey había contestado á la dimision del conde de Egmont y del príncipe de Orange enviando á Bruselas al conde de Hornes, que le había acompañado á España. Hornes llevaba el encargo de reconciliar al cardenal con los señores flamencos; pero no tenía la flexibilidad de carácter necesaria para esta mision. A la sazón hay empeñada una partida cuyas probabilidades de éxito no son ciertamente favorables, pues aunque Felipe no hubiera llevado la peor parte por su lentitud natural para decidir, hubiérala llevado necesariamente por la pérdida de tiempo que exige la distancia. Lo

(1) Ms. Rec. of. foreign Elisabeth, tom. III, pág. 224. Negocio del abad de Saint Salut.  
(2) *Correspondencia de Margarita*, 17 marzo 1560.  
(3) *Ibid.* 9 agosto 1560.  
(4) *Ibid.* 10 febrero 1561.  
(5) *Correspondencia de Margarita*, 9 agosto 1560.

que acaba de conceder tardíamente al conde de Hornes, enviándolo al lado de sus amigos, no tiene ya significacion algunos dias despues. El príncipe de Orange pide la convocacion de los Estados; la regenta, apremiada por los próceres y ofendida por la arrogante autoridad del cardenal, intenta un término medio y convoca, no los Estados generales, sino á los caballeros del Toison de oro (6). Esta reunion de la más alta nobleza del país envía al rey el baron de Montigny para hacerle conocer el verdadero estado de los ánimos. Al recibir á Montigny improvisa el rey un ingenioso proyecto: seducir al baron como había seducido ya á su hermano el conde de Hornes; atraer por medio de ellos á su causa al conde de Egmont, suscitar los celos de los tres contra el príncipe de Orange, sembrar así la division entre los disidentes y mantener á Granvela como árbitro supremo entre todos.

No se sabe si Montigny fué momentáneamente juguete de estas intrigas. Los pormenores dramáticos de la muerte á que está destinado lo hacen harto interesante para que no se complazca uno en concederle el papel de víctima; pero su hermano el de Hornes tenía ciertamente demasiada rigidez y el de Egmont demasiada lealtad para prestarse á intrigas contra Guillermo de Orange: la vanidad del cardenal se resistía igualmente á este plan, como quiera que Granvela quería obtener el triunfo no por artificios, sino por goces de orgullo. Y escribió orgullosamente al rey que sólo porque defendía su autoridad real se veía expuesto á tantos sinsabores (7): «me importaría un caracol todo, si el servicio del rey no padeciera» (8), y el rey debió disculpar al cardenal escribiendo á la duquesa regente que nunca le había propuesto «cortar media docena de cabezas... aunque quizá no sería mal havello» (9). Despues guardó silencio espacio de muchos meses creyendo que el tiempo adormecería la resistencia: este silencio impacientaba á Granvela, el cual decía: De la corte de Madrid no sabemos más nosotros que los que están en las Indias. La tardanza del rey en contestar á las cartas causa un gran perjuicio que se deplorará un dia amargamente (10).—Entre tanto se confederaban los nobles (11) y adoptaban emblemas

(6) Mayo de 1562.  
(7) Granvela al rey, 14 mayo 1562.  
(8) Granvela á Gonzalo Perez, 6 agosto 1562.  
(9) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 278.  
(10) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 213.  
(11) 11 marzo 1563.